

(V)
**LA CUESTIÓN DE LA VIDA EXTRATERRESTRE
 A LA LUZ DE LOS POSIBLES Y LA IMPOSIBLE-POSIBILIDAD**
 (Alfonso Pérez de Laborda) *

RESUMEN

El pensar cree que sus determinaciones propias (el ámbito de la lógica, de los posibles) son también las de lo real (el ámbito de la creatividad, de la imposible-posibilidad). Este exceso explica que el pensamiento considere que el ser se diga de un solo modo (univocismo), que es el suyo (el de los posibles) y, por lo tanto, que sea pre-decible (determinismo). En este terreno del reduccionismo univocista es donde la filosofía de la ciencia dominante despliega su juego, consistente en que todo es naturalizable porque todo ha de ser posible, sin dar la menor oportunidad a la im-predecibilidad de lo novedoso, a la imposible-posibilidad de lo real. Frente al univocismo, la analogía aparece como una aproximación a lo real respetuosa con su carga de creatividad, de novedad. La cuestión de la vida extraterrestre, en tanto que científica, también se ve afectada por esta pugna entre determinismo y creatividad, entre univocismo y analogía.

1. A MODO DE PREVIO: LOS POSIBLES Y LA IMPOSIBLE-POSIBILIDAD²³

Una manera de adentrarse en lo de la analogía es deslindar el ámbito de lo 'posible' de lo que tiene que ver con la 'imposible-posibilidad'. Lo posible se da en nuestro pensamiento. Es él quien cogita sobre el conjunto de los posibles; aquello que se deriva de lo que avanzamos como lo que existe, o al menos, puede existir, deduciéndolo de otros pensamientos anteriores que nos señalan la posibilidad de eso que decidimos como con un haber de posibilidades. Todo se juega en nuestro pensamiento y en las reglas de su

* Alfonso Pérez de Laborda (1940), bilbaíno, nacido en San Sebastián, de orígenes y paisajes navarros, como a él mismo le gusta definirse, es sacerdote, doctor ingeniero industrial (Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de Bilbao) y doctor en teología (Université Catholique de Louvain). *Fellow* del *Center for Philosophy of Science* de la *University of Pittsburgh*, miembro de la *Newman House* (equipo de la pastoral universitaria de la diócesis de Pittsburgh) en la *University of Pittsburgh* y en la *Carnegie Mellon University*, así como Vicario parroquial en *St. Catherine of Siena Parish, Ithaca, New York*. *Professeur extraordinaire* en la Facultad de Teología de la *Université Catholique de Louvain*, y *Visiting Professor* en la Facultad de Filosofía de la *Pontificia Università Lateranense* de Roma. Durante veinte años ha sido Catedrático de Historia y Filosofía de la Ciencia en la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca, y Decano de dicha Facultad. Puso en marcha, como Director, la Escuela Universitaria de Informática de la Universidad Pontificia de Salamanca y fue Rector encargado de la creación de la nueva Universidad Católica de Ávila. Desde octubre de 1998, es profesor de Antropología Filosófica, de Filosofía de la Naturaleza y de la Ciencia y de Cuestiones de las relaciones entre filosofía y teología, en la Facultad de Teología "San Dámaso" de Madrid, de la que es también Catedrático. Ha sido Director del curso de teología en los Cursos de *Verano* de la Universidad Complutense, El Escorial, y fundador y director de la *Revista Católica Internacional Communio*. Página web: <www.apl.name>

²³ Animado por nuestra invitación a colaborar en la III edición de "Astrobiología y Filosofía", Pérez de Laborda desarrolla esta reflexión sobre la vida extraterrestre a modo de "prueba del nueve y ejemplo" de sus consideraciones sobre la diferencia entre lo 'posible' y la 'imposible-posibilidad', dentro de su teoría sobre la analogía del ser. Tales reflexiones, incluida la relativa a la vida extraterrestre, formarán parte en su día del libro *Paralipómenos* 3, por lo que hemos considerado oportuno acompañarla de un brevísimo resumen del texto al que sirve como ilustración.

funcionamiento, las cuales también son pensamiento nuestro. Cuando estos pensamientos quieren ser muy técnicos y precisos emplearemos en su comienzo mismo una cabecera de axiomas super-asegurados, puesta por la inteligencia de nuestro propio pensar, y de ahí deduciremos nuevos y nuevos pensamientos. Nos los ingeniaremos para que nos sirvan en nuestro hablar sobre el mundo; pero las proposiciones, palabras y frases con las que decimos al mundo no se salen de lo predefinido en lo que consideramos la justeza de nuestros primeros pensamientos. En este juego nada se sale de los posibles, siendo ellos una determinación clara de la conjunción ordenada y lógica de nuestro propio pensar. Podríamos decir así que ser es pensar y que pensar es ser. Todo se juega en el pensar pensamientos y estos nunca pueden salirse de nuestros pensamientos posibles. Será lo complicado que se quiera, pero todo pensamiento de hoy o de mañana debe ser posible; por tanto, debe ser pensamiento sobre un posible. El regidor del cuento no puede ser otro que el propio pensar pensamientos. Y los pensamientos sólo lo serán cuando los hayamos construido según un método apropiado y sean pensamientos posibles dentro del sistema cerrado de nuestros pensamientos.

Digo cerrado porque no cabe en él ningún no-posible. Así pues, el pensamiento domina lo que hay. El pensamiento dominará al ser. Este sistema del pensar pensamientos, con una serie de apoyaturas —entre las cuales está la experiencialidad, la triangulación sobre ella y, seguramente, el método, sobre esto tenemos ya conocimientos paralipoménicos—, se asegura el dominio sobre lo que puede haber, sobre lo que puede ser; lo que ello sea debe estar regido por nuestro propio pensar pensamientos posibles.

Tal es el pensar unívoco. Uno de sus variantes más de hoy y con mayor fuerza persuasiva es una cierta manera de entender el juego de la ciencia. Nada puede ser no-posible. Dicho de otra manera que ya conocemos también aquí, nada hay o puede haber que no pueda ser naturalizable, aunque fuere en el futuro. Todo es naturalizable, porque todo ha de ser posible. Ha de estar ya de antemano en el reino de los posibles. De los posibles, es decir, en el reino de nuestro pensar pensamientos.

Sólo ha quedado esbozado lo del posible —tendremos que volver paralipoménicamente sobre ello—, cuando ya vamos al otro horizonte del que nosotros somos el centro, el horizonte de la imposible-posibilidad. Allá todo se quedaba en el pensamiento. Ahora no. Hay pensamiento, claro, sólo faltaría, pero la mirada del pensar no es tanto sobre sus mismos pensares, sino sobre lo que es el mundo y, más aún, sobre qué sea la realidad. Lo que en nuestro pensar parece pura imposibilidad, una y otra vez vemos que no es así; aquello tomado por imposible, se hace puro mundo y pura realidad. Allá había sólo una creatividad del pensamiento. Cosa muy buena. Ahora, sin haber perdido ni un ápice de esa creatividad de pensamiento, antes al contrario, aumentándola

inconmensurablemente, nos encontramos con la creatividad del mundo y, sobre todo, siendo increíbles constructores de realidades creativas que aumentan más y más, profundizadoras incluso de nuestro propio pensar más y más, las cuales, finalmente, nos aparecen como conjuntadas con lo que nos es absoluta novedad: la realidad. Hubiéramos podido creer que éramos nosotros los constructores de realidades, a cuya conjunción llamaríamos, es obvio, realidad, pero así en ningún momento hubiéramos salido de los meros 'posibles'. Ahora las cosas son bien distintas. Nuestro pensar no sale, por así decir, a crear sus mundos posibles —sin olvidar ese proceso imaginativo, ¿por qué lo haríamos?, nos puede ser, si sabemos hacernos con él, extremadamente enriquecedor cuando no dejamos que nuestro mero pensar se engañe y termine mirándose sólo a sí mismo, a su propio ombligo—, sino que descubrimos la profundidad creativa de la propia realidad y encontramos su fundamento. Pues, mirando las cosas del pensar y del ser de esta manera, en una óptica de la creación, descubrimos no sólo el más-allá que estira de nosotros, como tenemos ya adquirido en estos paralipómenos, sino que el mismo mundo es esencialmente creativo. Me explico. Con ese esfuerzo fenomenal que es la ciencia, encontramos y le imputamos leyes que nos sirven para conocerlo e incluso para dominarlo; hasta podernos creer que somos los reyes del mundo. Y, al menos en un respecto, lo es: ningún otro ser mundanal, fuera de nosotros, tiene la capacidad de conocerlo y, en cuanto que lo vamos conociendo, de dominarlo.

La creatividad es, pues, la que nos ofrece la imposible-posibilidad. Cuando nuestra imaginación se desborda, haciéndonos volar. Cuando nuestro esfuerzo de conocimiento —siempre en el ámbito de la experiencialidad con su triangulación topográfica—, nos ofrece leyes del comportamiento de las cosas del mundo; incluso leyes tan generales como la teoría de la relatividad, la mecánica cuántica y la teoría de la evolución. Todo ello es creación nuestra; no frutos de un mero "se" de impersonalidades que nos vendría dado por el castrante principio de objetividad. La creatividad de nuestro pensar sobre el mundo, capaz de la imputación de leyes y comportamientos. La creatividad del propio mundo, con grados de libertad insospechados. La creatividad de nuestros propios y esenciales grados de libertad desconocidos de las cosas mundanales, nuestras hermanas, de los animales, nuestros hermanos queridos, lo que nos hace ser, incluso para nosotros mismos, imprevisibles por entero. No porque sea capaz de lo peor, sino, precisamente, porque somos capaces de lo mejor. Creatividad que nos hace seres de amorosidad. Creatividad de la construcción de nuestras corporalidades que se expande en conjunción de realidades. Creatividad que nos hace, pues, animal de realidades. Sobre todo, llegados hasta aquí, la creatividad de la realidad que

nos acoge y sostiene. La creatividad del ser en completud —el creador del mundo— que nos dona nuestro ser en plenitud.

De nuevo, enunciados que, claro, necesitan explicaciones más largas.

El univocismo es una ideología reductora de lo que somos, de todo lo que es. Reducirnos a lo seco, lo logificable, lo naturalizable. Es estirar de nosotros hacia abajo, hacia lo que se nos da en el origen; sin sorpresas que aturullen a nuestros pensamientos tan claros. Es deseo de vaciarnos en nuestro saber. Es visión dominadora. La analogicidad, por el contrario, es vivir circunvalados por la libertad y la creatividad. Circunvalados por la belleza. Es atingencia de tocamiento en busca de la plena visión. Pero esta sólo el ser en completud se la puede dar.

2. LA CUESTIÓN DE LA VIDA EXTRATERRESTRE A LA LUZ DE LOS POSIBLES Y LA IMPOSIBLE-POSIBILIDAD

Roberto Aretxaga, filósofo de la Universidad de Deusto, me planteaba la cuestión de la vida extraterrestre en otros mundos. Hasta hoy no había encontrado su lugar. La consideración de los abismos que separan lo posible de la imposible-posibilidad me servirá para responder. Prueba del nueve y ejemplo para ver el interés de pensamientos aparentemente muy alejados de esta cuestión. Si el pensar busca la coherencia, claro es.

Deben deslindarse cuestiones. Vida fuera de nuestra Tierra. Inteligencia en alguno de los infinitos mundos posibles.

2.1. Vida fuera de nuestra Tierra

Visto el contexto de los planetas y estrellas que nos circundan, la primera cuestión es la de considerar si las condiciones que se han dado en nuestra Tierra, provocando el surgimiento de la vida en él, se procuran en otros planetas. No pueden ser estrellas calientes, pues en ellas la vida no alcanzaría a surgir por la temperatura demasiado elevada de la que disfrutaban: toda vida se volatilizaría. Deben ser planetas similares al nuestro. Con suficientemente cercanía a su sol para que la temperatura sea semejante. De otro modo se impediría la vida; al menos una vida superior. No tan lejanos como para que el agua sea puro hielo, lo que disuadiría una vida superior. La banda en la que la vida puede nacer es, pues, muy precisa.

Hacia la mitad del pasado siglo, con Haldane y Oparin, parecía evidente que la vida había nacido en nuestra Tierra en lo profundo de los océanos, en un medio intensamente reductor, y con una atmósfera muy oxigenada. El proceso habría sido de una moleculización cada vez más compleja, que poco a poco, siguiendo un proceso evolutivo, habría dado origen a nuestra vida terrestre. Si fuera así, en todas aquellas “otras Tierras” en las que se den circunstancias similares a las nuestras, podría haber nacido la vida; mejor, se

pensaba, de seguro que habrá nacido vida como la nuestra. El proceso habría sido el mismo que aquí. Si las leyes de complejificación evolutiva son las mismas acá que allá, en la Tierra y en esas otras Tierras habrá nacido vida por igual. No hay sino ponerse a auscultar las voces que nos vienen de ellas mediante sofisticados aparatos electrónicos de escucha —como se ha hecho con abundancia increíble de medios—, buscando ruidos celestiales en los que podamos descubrir regularidades que nos indiquen la existencia de un lenguaje adviniente de otros seres vivos como nosotros, en grado evolutivo parejo. Proceso de descubrimiento de otros continentes y traducción de signos que indican otras expresiones escritas que utilizan símbolos y gramáticas distintas a las nuestras, pero conmensurables con ellas y, por tanto, traducibles.

Hasta el presente, que yo sepa, no se han oído todavía esas voces celestiales. ¿Mañana? Quizá, pero eso lo hemos de ver mañana.

El razonamiento anterior, nótese bien, es límpido: va de un origen, apoyándose en unas leyes —ambos supuestos conocidos con toda su objetividad—, a lo que por posible se ha de hacer real. Se mira hacia atrás, encontrándose un origen conformador, un experimento a gran escala que en lugar de en el laboratorio se ha dado en la misma Tierra, de donde, siguiendo leyes perfectamente determinadas, obtenemos resultados. Es un proceso de clara científicidad: cuantas veces repitamos el experimento, si se hace conforme a las reglas establecidas, el resultado se ha de dar por igual. Luego ha de haber vida en otras Tierras. No se puede poner en duda que así sea.

Mas ¿es un razonamiento basado en un emperramiento racional? Creo que no. Es un típico razonamiento que procede en el ámbito del ente unívoco.

Vamos a ver algunos elementos de crítica a esta manera que me parece poco racional de ver las cosas.

No creo razonable pensar que este gran experimento que se dio en el laboratorio Tierra, cuantas veces la Naturaleza lo repita, en condiciones iniciales similares, dará idénticos resultados. Las cosas de la evolución son más complicadas y, según dicen los grandes defensores del neodarwinismo, como sabemos, no creo factible que haya una acción de finalidad tal que en condiciones de similitud se han de obtener resultados idénticos. La complejidad de desenlaces es tan grande que en ese proceso se da una multitud cuasi infinita de especies. Esto me lleva a pensar que, incluso en condiciones iniciales similares entre las otras Tierras y la nuestra, los resultados hubieran podido ser por demás distintos, y acertar con ese estrecho límite que lleva —en la vieja hipótesis— a nuestra vida es mera casualidad. Lo cual sólo podría haberse hecho realidad en una infinitud de mundos posibles.

Lo curioso es que, por la segunda mitad del siglo XX, Juan Oro y otros científicos elaboraron una muy distinta hipótesis del nacimiento de la vida en

nuestra Tierra. Moléculas decisivas para la existencia de la vida se habrían conformado en lejanísimas galaxias, y la casual confluencia en nuestra Tierra de elementos que llegaron desperdigados hasta ella viajando en meteoritos dio ocasión para que, conjuntándose en nuestra Tierra, hicieran aparecer los elementos necesarios y suficientes para que acá se diera el surgimiento de la vida. Esta teoría es la que ha sido aceptada en los últimos decenios. Que se haya repetido en otras Tierras esa enorme casualidad que se dio en la nuestra es ínfimamente improbable. Puede, quizá mejor, seguramente se darán aquí y allá elementos primitivos de vida, esquejes de vida; pero nada más.

En esta hipótesis, de nuevo, habrá que decir que sólo cuando ese proceso de curiosa meteorización se repita un número infinito de veces en un número infinito de mundos posibles, entonces, y sólo entonces, cabe la posibilidad de que la vida haya surgido en otros lugares del cosmos. Porque la probabilidad cero sólo puede dar ocasión a algo similar a lo acontecido con la vida en la Tierra cuando se da un número infinito de repeticiones, esto es, en la actualidad de una infinitud de mundos posibles. La condición de posibilidad, en esta hipótesis como en la anterior, pasa por la existencia actual de un infinito potencial, creados *ad hoc* por nuestro pensamiento, siempre tan ansioso y sugestivo, para resolver el problema.

Parece ser que, últimamente, la ciencia progresa una barbaridad, una bestialidad, como decía don Hilarión: algunos científicos vuelven a mirar con ganas la hipótesis de Haldane y Oparin. La verdad es que esta era mucho más fácil de congeniar con una mirada materialista al mundo que es el nuestro. Para el razonamiento que aquí intento pergeñar importa poco que sea más plausible una hipótesis o la otra.

Como he esbozado brevemente, por tanto, hay respuesta a esa pregunta siempre que nos adentremos en el ámbito del pensar en el reino del ente unívoco.

Porque cualquiera de las dos respuestas a la pregunta, además de ser un ámbito bien interesante de búsqueda de lo real, de lo acontecido, de lo que las cosas son, se han contextualizado filosóficamente por algunos de manera que caben a la perfección en lo que he llamado el reino del ente unívoco. Mirar a los orígenes. Orígenes siempre idénticos. Aplicar leyes. Leyes siempre idénticas. Obtener resultados de esos experimentos en que hemos convertido lo que sabemos en el acá para aplicarlos, tal cual, a lo que acontece allá. Hacerlo con actitud férrea que lleve las cosas direccionalmente desde unas mismas condiciones iniciales y mediante unas parejas leyes a idénticos resultados: luego hay vida en otros mundos.

2.2. Inteligencia en alguno de los infinitos mundos posibles

Algo hemos visto sobre la vida fuera de nuestra Tierra. Vayamos ahora a la inteligencia en alguno de los infinitos mundos posibles, pues podría tratarse, quizá, no de una vida inteligente, por tanto de una inteligencia encarnada, sino de una inteligencia desvinculada por entero de la carnalidad. En una filosofía del cuerpo como la acá defendida no tendría sentido alguno hablar de ella, pues para nosotros, la inteligencia está ligada siempre a esa particular evolución de la vida que lleva a la complejidad de un cerebro como el nuestro. Si se tratara de una inteligencia carnal, hemos visto ya el esbozo de una respuesta a la pregunta que nos traemos entre manos. Tendría que ser una inteligencia de la Naturaleza misma. Pero no acabo de entender de qué manera esa inteligencia se podría dar en el puro desvinculamiento de la carne. No puede haber inteligencia mundanal que no sea vinculada a ella. En la realidad mundanal, donde no hay carne faltan las mismas condiciones de posibilidad de la inteligencia; de todo pensamiento; de toda comprensión y explicación. Podría darse que se tratara de una inteligencia como la de Dios. Pero entonces es claro que el *Deus sive Natura* no podría traducirse por “Dios, es decir, la Naturaleza”, pues en la naturaleza —hay que ponerla ahora en minúsculas, para referirnos a esta naturaleza que es la nuestra, la de las cosas mundanales— no hay inteligencia fuera de la carnal. ¿Cabría hablar de inteligencias angélicas? Puede, pero en todo caso no se trataría tampoco de inteligencias en el mundo, de inteligencias carnales, pues esos ángeles en nada compartirían con nosotros la materialidad.

Es seguro que no podrá darse una inteligencia de este tipo excepto si en algún remoto o cercano lugar del entero universo apareciera una inteligencia que nada tuviera que ver con la experiencialidad cerebral. Mas no podrá darse inteligencia de esa clase si allá no hubiera aparecido en comandita con ella una carnalidad, tratándose, por tanto, de una inteligencia carnal, encarnada. La inteligencia mundanal está ligada inextricablemente a la materia. No puede ser de otro modo. Y lo que doy por seguro es que, excepto en las películas de sobrenaturalidades, no hay en el entero mundo una inteligencia descorporizada. De la misma manera que acá no podemos construir ordenadores inteligentes —sí, por ejemplo, más rápidos que nosotros en su funcionamiento calculatorio, etc.—, tampoco allá la Naturaleza puede construirse a manera de ordenadores suyos propios, también ellos ordenadores descarnalizados.

No viendo nada fácil que haya carnalidad fuera de esta nuestra Tierra, parece del todo seguro que no hay vida inteligente fuera de ella. Sólo podrían pensarse como reales cuestiones así, me parece, si nos adentramos, como ya hemos visto, en ese ámbito de una direccionalidad sin finalidad que arranca de unos orígenes que actúan de aquellas capitula axiomáticas que, en el progreso de nuestro pensamiento, van derivando proposiciones de respuesta, incluso

recurriendo para ello a una actualidad infinita real del infinito potencial. En una palabra, sólo cabe una respuesta que es, me parece, puro emperramiento irracional que cae por entero en el ámbito de lo que he llamado el ente unívoco.

Entiendo que desde que hablo de la vida extraterrestre en otros mundos, mis pensamientos se convierten en un puro esbozo, marcando líneas del pensar más que respuestas elaboradas. Es obvio. Pero valgan como anuncio de posibles desenvolvimientos posteriores de un pensamiento.

Queda por ver solamente, y también en un puro esbozo, la respuesta que cabría dar a ese problema planteado desde el ámbito de la analogía del ser, al que lo hemos visto en íntimo entremezclamiento con una filosofía de la carne que platica con toda su fuerza de la imposible-posibilidad.

Hablar de infinitos mundos posibles es una trampa saducea. No los podemos conocer todos. Tan lejanos que la información no ha tenido tiempo de llegarnos todavía. Podríamos decir lo que se nos antojara de ellos. Siempre que cumplieran nuestras propias reglas de racionalidad. Pero entonces se ve claro: lo que ellos sean, su realidad, depende inexorablemente de nuestro pensar. Sin sorpresas. Faltaría más. Podríamos poner en ellos lo que, dentro de nuestras propias reglas, suficientemente elásticas, como lo son, nos diera la gana. Sería como un juego de niños en la plaza de su pueblo. Miran cuidadosamente desde la alta torre de su iglesia y se dicen: ya he visto el entero mundo. Niños, para colmo, un poco locuelos y atontolinados, pues no se dan cuenta de que quedan encerrados, y enterrados, en el reino del ente unívoco. Que rompen con la inmensa creatividad de nuestro mundo, de nosotros mismos y de la realidad, para quedar enjaulados en un pensar canijo y reductor. Para colmo, muy adecuado a los hilos de quienes quieren poseernos, y tan fácilmente lo consiguen cuando jugamos a esos juegos reductores.

Desde el ámbito de la analogía del ser la respuesta vendrá dada por aquella canción de la película de Hitchcock: lo que sea, será. No intentaremos poseer el mundo, poseerlo con nuestro pensamiento, sino estar abiertos a lo que él sea, lo que seamos nosotros mismos y lo que sea la realidad. En toda su grandeza. Grandeza inconmensurable de creatividad. Asombrosa conjunción de grados de libertad. Apenas si nosotros podemos seguir algunas de sus líneas de desenvolvimiento con nuestra acción racional. Acción racional, por supuesto, no de una razón secante, logificadora, razón pura, razón de puras purezas, razón inexistente, razón de ideologías, sino con la nuestra, razón húmeda, razón sopesante, razón de emperramientos racionales. Una acción racional abierta a toda novedad creativa. Quicio de una tríada — deseo, imaginación, razón— con marcada direccionalidad que nos hace caminar por esas líneas de universo convergentes que nos señalan lo que

llamaba el punto Omega. Punto de belleza. Punto de transparencias transfiguradas.

Lo que nos parecía imposible, lo que no entraba en nuestras cuentas, aparece como realidad. ¿Quién podría haber adivinado el nacimiento de nuestra inteligencia, siempre inteligencia carnal, claro es, observando los primeros estadios del árbol de la evolución? En todo caso, 'ese' que podría haberlo adivinado somos nosotros mismos bien anclados en nuestro hoy. Nadie, ningún ser mundanal, hubiera podido verlo en aquellos tiempos. Sólo desde el ahora nos cabe el pensar adivinante. Lo que rige nuestro pensar, por tanto, no es un principio de objetividad que nos desvincularía de nosotros mismos para ponernos en algo así como el punto de vista de Dios, como si fuéramos vicedioses —¿os acordáis cómo en aquél libro sobre la historia del tiempo, del que se vendieron carretadas de ejemplares en todas las lenguas del mundo, el científico-escritor daba la mano a Dios para irle enseñando cómo era su creación?: el vicediós sabía más sobre la creación que el Creador—, sino el principio antrópico. El conocimiento nunca es el conocimiento de un 'se'; siempre el de un sujeto.

Terminaré con estos temas —¿puede un filósofo dar por terminado un tema?—, considerando que avanzamos mediante emperramientos racionales. No pensamos cualquier cosa; nuestra acción racional sopesa los asuntos con cuidado sumo. Pero tampoco nos emperramos irracionalmente en que lo pensado ya es pensamiento para siempre. Avanzamos por caminos meandrosos y extremadamente complejos, siempre en busca de la verdad. No nos quedaremos, por eso, en ese pensamiento tan fácil: bueno, eso es lo que yo pienso, tú piensa lo que quieras. De nuevo, pensar así es reducirse al ente unívoco.

Hay que pensar realidad.